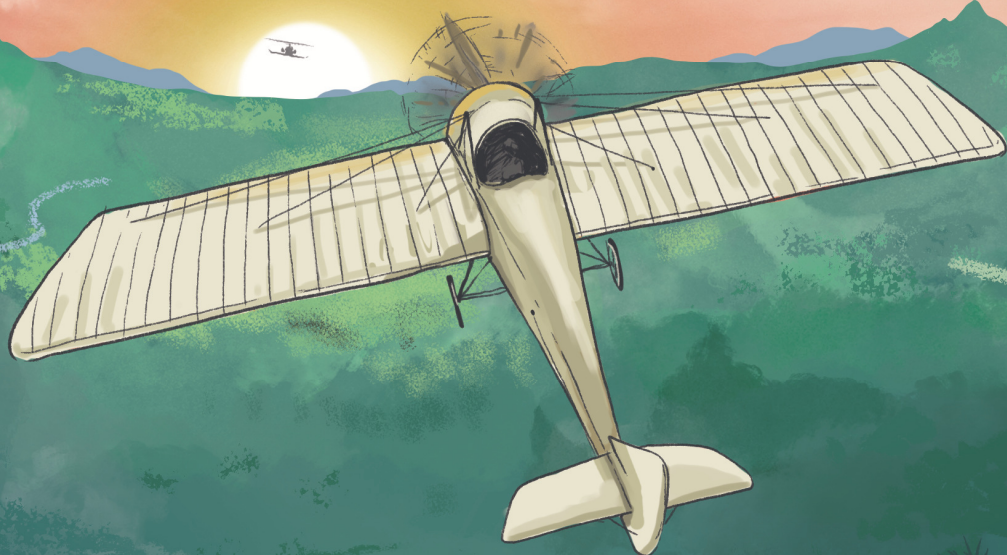


Ander López de Abechuco Martínez de Rituerto

LAS ALAS QUE NOS DA *la vida*



Las alas que nos da la vida

Dedicatoria: A Marisa, Andrés, Estíbaliz y Laura, por su amor y apoyo. A la cuadrilla por su amistad y apoyo.

Desde aquí, un homenaje a todos los inventores y visionarios. Y a todas aquellas personas que con trabajo sincero y sin dañar a nadie hacen que la humanidad avance y evolucione.

Novela:

© Ander López de Abechuco Martínez de Rituerto

Corrección:

Marina Aguilar García

Portada por:

© Abel Fernández López

ISBN: 978-84-608-2249-3 Descarga digital

Novela publicada por primera vez en 2012

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso expreso del autor.

UNA MAÑANA CUALQUIERA

—Por favor..., Ana, échame una mano —insiste Óscar con un tono de súplica y poniendo carita de pena, sin poder evitar que en sus labios aparezca una sonrisa un poco picarona.

—Mira que eres cansino —contesta Ana algo molesta tras mirarle a los ojos unos instantes—. Eso de estar de baja te sienta muy mal.

Óscar es un joven de casi treinta años, con el pelo castaño y de aspecto atlético que viste informal, con camiseta roja y unos vaqueros azules desgastados, calzando unas zapatillas deportivas azules de lona.

Ana lo mira con algo de cansancio, es una mujer de algo más de treinta, con un precioso pelo negro largo, algo rebelde. Su ropa es veraniega, pantalón corto beis, top blanco y zapatillas blancas.

Están en el salón del piso de Ana; sentados uno frente a otro, a ambos lados de una mesa baja de café blanca, con un cristal negro en el centro. Sobre ella hay un par de vasos y una botella de limonada. Las paredes verdes pistacho de la habitación están decoradas con bastantes fotos enmarcadas de los numerosos viajes de Ana. Se la ve en diversas excavaciones arqueológicas en China, Japón, Italia, Inglaterra, Perú... infinidad de lugares interesantes. Un sofá y dos sillas rodean la mesa de café, que se encuentra en el centro de la habitación. Sobre el respaldo del sofá hay un gran óleo que representa el foro de Roma en todo su esplendor imperial; con los templos, estatuas y demás edificios engalanados con flores para un desfile triunfal. A un lado hay una estantería con muchos libros; al otro, una especie de cómoda, sobre la que se pueden contemplar muchas fotos familiares y de amigos. Colocada al frente del sofá está la televisión, colgada de la pared. El piso disfruta de las vistas de la última planta de un moderno bloque de apartamentos al sur de Vitoria-Gasteiz, en la zona de Campo de los

Las alas que nos da la vida

Palacios; cerca de la famosa empresa de construcciones metálicas URSSA.

—Ya sabes que si no hago algo, reviento. Esta baja es un fastidio. Tengo que curarme bien antes de poder volver a pilotar. Además..., tú estás de vacaciones, y sé que en el fondo te gusta lo que te pido. — Óscar se muestra nervioso en el sofá, sin dejar de moverse, echándose poco a poco hacia adelante, para acercarse a Ana.

—Cierto..., disfruto con ello —reconoce Ana, pero sin entusiasmo—. Sin embargo, esta tarde llegan unos amigos a visitarme y no quiero liarme —replica con la esperanza de que Óscar desista de su intención.

—Venga... Algo rápido... Porfa... Nada profundo. Hasta la tarde tenemos tiempo. Tengo muchas ganas...

Ana se queda pensativa unos instantes; en el fondo de su ser, a ella también le apetece.

—Vale. Lo haré —acepta finalmente Ana.

—Por fin me va a servir de algo tener una amiga historiadora —se regocija Óscar.

—Ya..., vale. Pero ni de baja dejas el mundo de la aviación —le reprocha en tono amigable, mientras le guiña un ojo de manera cómplice.

Ana López de Barambio es una prestigiosa profesora de Historia en la Universidad pública del País Vasco. Óscar Sierra es piloto de helicópteros de rescate de SASEMAR, la agencia estatal encargada del rescate marítimo en las costas de España.

—Explícame exactamente lo que quieres saber —pide Ana mientras acerca y enciende su ordenador portátil, que tenía cerrado a un lado en la mesa.

Ander López de Abechuco

—Antes del accidente que me causó la baja, leí un libro en mi base de Galicia en el que contaba, entre otras anécdotas, que en Vitoria existió un aeropuerto sobre el año 1913... o por esas fechas. Quiero saberlo seguro, es algo que me ha sorprendido de la historia de mi ciudad.

—Por curiosidad... ¿Cómo te lesionaste? —se interesa Ana, mientras teclea y abre un navegador para buscar en una base de datos de la universidad.

—Fue algo muy tonto. Estaba encaramado en mi helicóptero, un Sikorsky S-61N. Te gustaría mucho, es la evolución de los helicópteros que recogieron a los astronautas que volvían de la Luna, es blanco con unas franjas rojas cerca de la cola y de la cabina. Bueno, que me desvíó; estaba en un andamio mirando cómo el mecánico revisaba uno de los dos motores, cuando me resbalé con un trapo grasiento y caí dislocándome el hombro, abriéndome la frente contra el suelo y torciéndome un tobillo.

—Huy. Qué daño —reconoce Ana con un gesto de dolor.

—Sí. Bueno..., más aparatoso que nada. Por el tobillo sobre todo. De otra manera, no estaba aquí. Pero mi jefe me dijo que tenía que descansar bien un par de semanas. Y por eso ha vuelto a casa estos días —explica Óscar mientras se toca la tirita de la frente, asegurándose que sigue en su sitio.

—Te cuida mucho tu jefe —afirma Ana—. A mí, siempre me tiene trabajo esperando.

—Pero si solo das clase —comenta Óscar un poco jocoso. Ana le devuelve una mirada de reproche—. Yo me juego el tipo y el de mi tripulación para rescatar a gente en apuros; la mayoría de las veces con muy mal tiempo y en alta mar.

—Comparado con eso, parece obvio... Pero no solo doy clase. También me encargan investigaciones para autentificar y datar cosas. Algunas veces se ha convertido en algo peligroso.

Las alas que nos da la vida

—Tienes razón. Vaya, perdona... No me acordaba que hace varios meses tuviste un accidente en uno de tus viajes y estuviste bastante tiempo de baja.

—No pasa nada —contesta Ana, molesta, al recordar aquellos hechos y deseosa de olvidarlos rápido—. Ya tengo algo —anuncia enseñando la pantalla de su portátil a Óscar—. Hum... Interesante... Heraclio Alfaro Fournier...

—¿Cómo? —se interesa Óscar acercándose a mirar la pantalla.

—Tenías razón. En 1913 existió una escuela de vuelo en Vitoria, dirigida por Heraclio Alfaro Fournier.

—Ese sé quién es. Fue un gran piloto e ingeniero alavés. Nació en Vitoria el 20 de septiembre de 1893 y murió también en Vitoria el 20 de agosto de 1962 —explica Óscar, contento y emocionado—. Era nieto de Heraclio Fournier, el fundador de la famosa fábrica de naipes de Vitoria. Desde muy joven mostró un gran interés por la aeronáutica; un profesor suyo del colegio Marianistas, Luis Heintz, le despertó el gusanillo. Fue tal el interés que en 1910 fue la persona más joven del mundo en conseguir el título de piloto, en la escuela de aviación de Mourmelon le Grand, cerca de Reims, en Francia. Tenía solo diecisiete años. Hasta tener los dieciocho no le pudieron dar el certificado de la Federación Aeronáutica Internacional. Fue el segundo piloto civil de origen español en lograr el título de piloto; el primero fue Benito Laygorri. Alfaro fabricó diversos aparatos voladores y trabajó en diversas empresas españolas y estadounidenses; registrando varias patentes suyas, veintiuna en Estados Unidos y seis en Canadá. Se licenció en Ingeniería en 1926 en el M.I.T., el Massachusetts Institute of Technology; incluso fue catedrático en esa y otra universidad años después. Fue el primer ingeniero en desarrollar motores ligeros pero potentes. Tuvo gran prestigio internacional y perfeccionó inventos como los *flaps* y el autogiro de De la Cierva.

—Muy bueno. Estoy impresionada. —Se alegra Ana.

—La aviación me fascina. Y para un alavés famoso en el mundo de la aviación... hay que conocerlo.

Ander López de Abechuco

—¿Sabes eso y no lo del primer aeropuerto de Vitoria? —replica con un poco de mala leche Ana.

—Bueno, no soy perfecto —se defiende Óscar.

—No pasa nada. Solo te quería chingar. —Sonríe Ana—. A lo que nos ocupa. Según aparece en los archivos históricos de la universidad y del archivo histórico de Vitoria y Álava; en los primeros años del siglo XX, la aviación causaba furor. Un empresario francés, Leonce Garnier, recorrió España realizando espectáculos aeronáuticos por muchas ciudades. Esto le llevó a fundar en 1909, en un campo en la zona de Lakua, donde está actualmente el Gobierno vasco, una escuela de aviación. Si bien, la fundación oficial no fue hasta el 6 de marzo de 1913. El ayuntamiento construyó un hangar para sus dos aeroplanos Blériot. Solo que Garnier estaba mucho tiempo fuera por sus exhibiciones y los alumnos protestaron cuando pidió cerrar la escuela en invierno, por el mal tiempo. Ante esto, en 1914, sugirió que un joven fuese el director de la escuela en su ausencia, Heraclio Alfaro Fournier. Pasando entonces a convertirse en profesor de la primera escuela de aviación civil de España, ¡con veintiún años!

—Impresionante. Eso no lo sabía —se admira Óscar—. Vitoria fue puntera en la aviación. Me alegra mucho saberlo. Podré fardar un poquito ante mis compañeros.

—Espera, no solo eso —interrumpe Ana—. En 1914, Heraclio Alfaro con otros alaveses construyeron el primer avión completamente diseñado y fabricado en España, el Alfaro 1. Era enteramente alavés y uno de los hitos de la historia de la aviación. Lo pilotó el propio Alfaro. Era un monoplano con motor Gnôme de siete cilindros y cincuenta caballos de vapor de potencia, que podía alcanzar los 100 km/h. El diseño del avión era del tipo torpedo, por la forma que tenía el fuselaje. Toda la estructura era básicamente de listones de madera entrelazados entre sí y completamente recubierto de tela de color claro; igual que en las alas. Estas tenían catorce metros cuadrados de superficie. El tren de aterrizaje era una fuerte estructura de madera contrachapada y de forma

Las alas que nos da la vida

triangular, con grandes ruedas de caucho; su construcción era original, pues por su forma y colocación protegía la cabina del piloto. El control del vuelo era mediante estabilidad lateral por alabeamiento y longitudinal por cola negativa. Estos sistemas todavía se estaban probando en Europa, con lo que eran muchas las innovaciones empleadas en su construcción. Según pone en los documentos, hasta el sistema del tren de aterrizaje se consideró novedoso. Mira las fotos. Es un avión sencillo, pero muy elegante. —Óscar asiente mientras contempla ensimismado las fotos del fantástico avión que Ana le muestra—. El primer vuelo del primer avión español fue el 22 de junio de 1914, sobrevolando Vitoria durante más de media hora a unos quinientos metros de altura; el entusiasmo de sus vecinos fue recogido por los periódicos de la época. Heraclio Alfaro diseñó, dirigió la construcción y pilotó el aparato; Joaquín Laprada fue el ebanista; Joaquín Izarra, el mecánico; Tomás López de Armentia, el calderero; y Manolo Jiménez, el mecánico de hangar. El aparato era de madera, metal y lona. La estructura de madera se realizó en los talleres del señor Garayo y el montaje del motor y del resto de piezas mecánicas en el garaje del señor Larramendi. Fue el primer gran éxito de la aviación española y fue alavés por completo.

—Estoy alucinando. ¿Dónde encuentras esa información?

—Hay bastantes datos, solo que veo que no es muy consultada. Es una pena que no estemos más orgullosos de nuestra historia. En otros países tendríamos hasta un museo del aire y aquí casi no tenemos ni aeropuerto.

—Cierto —reconoce Óscar triste—. Siendo tan importante el hecho, no entiendo cómo no es más conocido.

—Porque la escuela duró poco. Heraclio Alfaro necesitaba nuevos retos y en 1915 marchó a Getafe, en Madrid, y formó parte de la aviación militar, siendo jefe técnico de la base de Cuatro Vientos, bajo las órdenes de Alfredo Kindelán. Su marcha no permitió que la escuela de aviación pudiese sobrevivir y terminó por cerrar. Alfaro, sin embargo, no paró; en esa etapa, diseño varios aviones e incluso un helicóptero. En

Ander López de Abechuco

1920, marchó a Estados Unidos, donde siguió diseñando aviones con prestigio, incluso ganó algún premio por ello. En 1924, se instaló definitivamente en Estados Unidos hasta 1945. Allí se ganó una gran reputación y respeto. Cabe destacar que uno de los hitos de Heraclio Alfaro fue el de ser el primer ingeniero en fabricar un motor de veintitrés kilogramos, que daba veinticuatro caballos de vapor; el primer motor que daba más potencia que su peso. Fue un gran logro que abrió una nueva era en la aviación. También trabajó en el autogiro, permitiendo solventar muchos problemas que padecían los primeros modelos. Desde luego, una vida apasionante —comenta Ana—. Por desgracia, la enfermedad se cebó en él y en 1945 volvió a Vitoria, su ciudad natal. Padecía el mal de Parkinson. Esto no le impidió seguir viajando, responder numerosa correspondencia y colaborar con diversas empresas españolas y estadounidenses. En su honor se puso el nombre de Heraclio Alfaro al aeroclub de Vitoria, en 1953.

—Una vida fascinante la de Heraclio Alfaro Fournier, no hay duda. Pero por otra parte, una historia breve para la primera escuela de vuelo civil de España. Una pena —se lamenta Óscar.

—Breve... pero intensa —replica Ana—. La aviación tuvo una vida intensa en la ciudad en aquellos años. Según parece, los vuelos de exhibición fueron un gran éxito durante unos años en las fiestas de La Blanca, hasta antes de la Primera Guerra Mundial aproximadamente. Vitoria fue punto de paso de la primera carrera aérea, o Raid, entre París y Madrid en 1911, ganada por Jules Vedrines. Varios pilotos realizaron exhibiciones en Vitoria en aquellos años; entre ellos el ya conocido Leonce Garnier y, en 1911, el aviador alemán, Karl Weiss.

—Qué pasada —alucina Óscar—. Unos años muy intensos. No sabía que fuese tan espectacular el inicio de la aviación en Vitoria.

—Siempre hay gente lista en todas las épocas, como ves. Solo que los olvidamos con facilidad —comenta Ana con resignación y algo de tristeza.

Las alas que nos da la vida

Súbitamente suena el timbre de casa. Llaman al portal.

—¿Quién será? —Se sorprende Ana mirando el reloj—. Todavía no pueden ser ellos... es mediodía.

Se levanta y se acerca a la puerta y mira por el videoportero. No pudiendo evitar el sorprenderse mucho al ver quién llama.

—¡Ángel, Marie! No os esperaba hasta la tarde —exclama Ana emocionada.

—Llegamos con tiempo de sobra a Madrid y hemos tomado el primer tren que pudimos. Teníamos muchas ganas de verte —responde Ángel sonriendo.

—Subid. Vamos —pide Ana mientras pulsa al botón de apertura de la puerta.

—¿Esperabas a alguien ahora? —pregunta Óscar.

—Son los amigos que te he dicho antes que venían a la tarde. Se han adelantado —contesta visiblemente emocionada y con una sonrisa en la cara—. No me importa, tenía muchas ganas de verlos.

—Me alegro —contesta Óscar, contrariado—. ¿Los conozco?

—Hombre... Sí, es Ángel, te lo presenté en la bajada del Celedón hace unos años. Creo que alguna vez hemos salido juntos.

—Anda. —Se sorprende Óscar—. No había reconocido su voz. Hace tiempo que no nos vemos.

—Se alegrará de verte —afirma Ana a la vez que se escucha el zumbido del timbre de la puerta.

Se apresura a abrir. En el umbral encuentra a Ángel, un sonriente hombre alto, de pelo corto rubio oscuro, de casi 1,80 de altura; y que no llega a los cuarenta años. Viste ropa informal; una camiseta azul claro acompañada por unos vaqueros muy usados y unas botas de monte marrones. Lleva una pequeña mochila negra a la espalda. Junto a él se encuentra Marie, una chica con una mezcla atractiva de rasgos

Ander López de Abechuco

orientales y caucásicos, un poco más alta que el chico, con pelo negro largo, increíblemente liso. Viste una camiseta verde clarita, con unos pantalones de tela verde a juego, con grandes bolsillos anchos a los lados de las piernas. Calza unas botas de monte negras y tiene una pequeña mochila en la mano, esta de azul oscuro, con algunos pines decorándola.

—¡Hola! —exclaman los tres al unísono y abrazándose contentos.

—No sabía que fueseis tan amigos —comenta Óscar acercándose a saludar.

—Hemos pasado muchas cosas juntos —asegura Ángel, tendiéndole la mano y guiñando un ojo a Ana.

—Cierto —afirma Ana—. Él es Ángel Álava, creo que le recuerdas. Ella es Marie Dumas. Son muy buenos amigos. Él es Óscar Sierra —termina de presentar.

—Podríamos serlo mejores —comenta Marie con algo de vergüenza—. Encantada de conocerte, Óscar. ¿Así que os conocéis los dos? —se interesa volviéndose a Ángel. Óscar descubre que aunque habla muy bien castellano, tiene acento inglés americano.

—Sí. Hemos salido juntos alguna vez de fiesta —contesta Ángel mientras da un pequeño abrazo a Óscar—. Hace mucho que no coincidíamos.

—Cierto —replica Óscar contento de que lo recuerde—. Hace mucho mucho tiempo que no sé nada de ti.

—Llevo una temporada que me muevo bastante. Bueno, que nos movemos —explica Ángel tomando cariñosamente la mano de Marie.

—Pasad al salón y sentaos —pide Ana cerrando la puerta—. ¿Se ha adelantado el tren?

—En realidad, el vuelo desde Londres. Tuvimos suerte y pudimos coger un tren previo —explica Ángel sentándose en el sofá junto a Marie.

—Y tanto, qué suerte. —Sonríe Ana—. ¿Queréis algo de beber?

Las alas que nos da la vida

—No, nada, gracias. Ya tomamos algo en el ferrocarril —contesta Marie. Ángel niega con la cabeza sonriendo.

—Como queráis —acepta Ana, sentándose en una butaca a la izquierda de Ángel y Marie. Óscar se sienta en una silla frente a ellos.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta Ángel con sumo interés.

—Todo bien ya. Solo me quedan algunas pruebas para confirmarlo, pero ya estoy recuperada —asegura Ana, contenta.

—¿Te pasa algo? —se preocupa Óscar.

—Nada. Tranquilo —calma Ana—. En un viaje que hicimos juntos hace unos meses los tres —explica mientras señala a Ángel y Marie—, tuve un accidente grave. Pero ya me he recuperado.

—Nos alegramos mucho, Ana —se congratula Marie—. Sentimos mucho lo que pasó. No pudimos prestarte toda la atención que merecías —confiesa con una voz que demuestra un profundo pesar y arrepentimiento.

—Tranquilos, yo fui la que os metió en ello. Y al final todo salió bien.

—Sonríe Ana.

—Pero hubo circunstancias que no nos perdonamos. Tuvimos que haber actuado distinto —insiste Ángel.

—Dejadlo; pasó lo que pasó. Yo ya he pasado página.

—Estoy alucinado —interrumpe Óscar—. ¿Me podéis contar lo que sucedió?

—Pues... Sinceramente, no. Es algo entre nosotros —asegura Ana tajante, pero tratando de evitar ser descortés—. Si llega el momento, ya lo sabrás. Pero ahora prefiero dejarlo y no hablar más de ello.

—Como quieras —acepta Óscar.

—De acuerdo —asegura Ángel—. Cambiando de tema... ¿Qué estás estudiando ahora? ¿Una huerta romana? ¿Un poblado visigodo?

—Ahora estoy de vacaciones. No trabajo en nada. Bueno..., hemos estado mirando una cosilla que quería saber Óscar. Pero nada oficial.

—Es increíble —se emociona Óscar interrumpiendo—. ¿Sabíais que Heraclio Alfaro Fournier fue el primer español en diseñar y pilotar un avión enteramente español en 1914 y fue aquí, en Vitoria? ¿Que la

Ander López de Abechuco

primera escuela de vuelo civil de España también estuvo aquí en Vitoria, entre 1909 y 1915 aproximadamente, siendo Alfaro su director y profesor un tiempo?

—Pues, no —reconoce Ángel—. Es impresionante. Cuanto nos falta saber de nuestra historia.

—Siempre te lo digo —apostilla Marie con tono jocoso.